

cesión de pabellones que se extienden de un extremo á otro del Campo de Marte (puede decirse con propiedad que el mundo entero), lo pasado y lo presente, las visiones de lo porvenir, las batallas, las fiestas, los martirios, los gritos de angustia y las locas carcajadas; toda la gran comedia humana con su infinita variedad de escenas, á través de las cuales se desarrollan, del regio alcázar á la cabaña, de los desiertos de hielo á los desiertos de arena, y de las más sublimes alturas á las más recónditas profundidades de la tierra. Esta es la parte de la Exposición donde se reciben las impresiones más vivas. ¡Cuántos ojos enrojecidos he visto! ¡Cuántas expresiones de piedad, de dolor, de horror, y cuántas hermosas sonrisas de preciosas caras quedaron en mi memoria como reflejo de los cuadros!

Al museo de pinturas sigue el enorme museo de escultura de Francia, al cual siguen las salas de Inglaterra. A decir verdad, de todas aquellas pinturas correctas, pálidas, diáfanas, de limpidos colores, llenas de pensamientos delicados y preciosas minuciosidades, recuerdo solamente la glorificación de la vejez guerrera, de Herko-

mer, titulada los *Inválidos de Chelsea*, ante los cuales inclinaríamos la frente en señal de veneración; los *Pobres de Londres*, de Luke Fildes, que me hicieron sentir el frío de una noche de Enero y las angustias de la miseria sin abrigo; y *Daniel entre los leones*, de Briton Rivière, donde la sublime tranquilidad del hombre, en presencia de aquel grupo de bestias famélicas, y, sin embargo, fascinadas, subyugadas y anonadadas por una fuerza sobrehumana é invisible, se manifiesta con una potencia tal, que introduce en el corazón el misterioso espanto del prodigio.

Paso á la ligera por delante de otros cien cuadros, agujoneado por la impaciencia de llegar á Italia, donde encuentro una multitud sonriente que está enamorada de las estatuas. Oigo murmurar á alguno: «¡Y decir que todas estas cosillas provienen de la patria de Miguel Angel!» Pero todas las caras que me rodean expresan un sentimiento de admiración tierna y serena. Delante de los cuadros de De Nittis, el pintor atrevido y delicado de París y de Londres, hay un grupo de curiosos que se disputan el sitio, y se adivina, por el movimiento de las fisonomías, por la viveza de los adema-

nes y lo empeñado de los diálogos, el choque de los encontrados pareceres de donde brotan las chispas que concurren á formar la aureola. Un cualquiera dice: «¡Preciosas páginas para un periódico ilustrado!» Pero el aire de los *bulevares* se respira, se siente la brisa del Támesis, se adivina la hora, se reconocen las fisonomías y se vive en toda aquella vida. En la otra sala miro en torno mío á ver si está allí Pasini para gritarle: ¡Yo te saludo, *hermano del sol!* Allí está su vigoroso y espléndido Oriente, soñado por cien pensativos ojos. Quisiera ver á Michetti, aquel rostro querido resplandeciente de genio, para apretarle la mano entre el índice y el pulgar, y decirle que adoro las tentadoras piernas de sus bañistas y el azul increíble de sus marinas.

Ya está aquí Jenner. Aquí observo una cosa singular. Las gentes que entran con la sonrisa en los labios, se detienen y arrugan la frente. Todas las fisonomías reflejan por un instante el rostro atento y resuelto de Jenner, como si todos, durante un momento, sintieran en sus manos la lanceta benéfica del doctor y el brazo inquieto del niño; y todos meditan y nadie habla, y el que ya se había alejado, vuelve ó se detiene como

arrastrado por el hilo tenaz de un pensamiento.

¡Qué satisfacción! Otra no menor experimento en la sala siguiente al tropezar con el honrado y benévolo rostro de Monteverde, que me acompaña hasta la frontera de Italia. De aquí paso á las salas de pintura extranjera, donde el cielo se nubla y se enfría el aire. Suecia y Noruega pintan sus melancólicos crepúsculos; mañanas oscuras del otoño, la extraña claridad de la luna en extraños mares, y pescadores y naufragos, en los que se muestra, más que arte, dulce y profundo amor á la patria, coloreado por un sentimiento varonil de tristeza; ciento cincuenta cuadros, todos dominados por *Los soldados suecos conduciendo el cadáver de Carlos XII*, descendiendo una pendiente de solitario camino, entre nieve, llenos de sangre, tristes, soberbios; hermoso cuadro sencillo de Oederstrom, concebido con el alma de poeta y sentido con el corazón de soldado.

Siguen los Estados Unidos. El coloso de las cien cabezas tiene aún su tosca mano de trabajador poco acostumbrada á los pinceles. No me acuerdo más que de la risa de la hermosa mujer de Hamilton y de las figu-

ras grotescas de las bailarinas de Brown. Los demás cuadros denuncian á los pintores escapados de casa que cambiaron la piel en París, en Dusseldorf, Mónaco, Londres ó Roma, y tomaron, aunque muy débilmente, la tintura de su nueva patria.

Después viene Francia, que echó á todo el mundo á su espalda. La historia, la leyenda, la mitología, el cristianismo, la epopeya napoleónica y la vida mundana; la miniatura y el cuadro desmesurado, la loca audacia y la insolente pedantería, todo está aquí; pero singularmente existe una gran riqueza de inventiva y de pensamiento que revela el poderoso auxilio de una literatura popular llena de creaciones, de un vivo y extendido sentimiento dramático, y de la vida variada, llena, apasionada y tumultuosa de una enorme metrópoli.

En las primeras salas entreveo los cuadros sentimentales y *lamidos* de Bouguerau. Doré presenta una de sus mil visiones de un mundo misterioso, en que apenas se reconoce alguna forma vaga de las cosas y las criaturas de la tierra. Viene después el trabajo sabio y serio de Albert Maignan y las obras llenas de imaginación y confusas de Isabey, que se ven como á través del velo

de un sueño y á gran distancia de espacio y de tiempo.

En otra sala, el espantoso fantasma del San Sebastián de Boulanger, se alza frente á Maximiano Ercole, y Moreau fatiga y atormenta la fantasía con sus sueños bíblicos y mitológicos, llenos de terrores, de ilusiones y enigmas, que quedan luchando en la memoria, como las fórmulas misteriosas y siniestras de un conjuro.

Á continuación siguen los retratos, llenos de fuerza y de vida. Dubufe presenta los de *Emilio Augier*, *Gounod* y *Dumas*; Durand el de *Girardin*, Perrin expone el de *Daudet*, y *Thiers* revive gloriosamente en el lienzo de Bonnat, ante el cual se agolpa la multitud.

Otra turba silenciosa é inmóvil anuncia en las mismas salas las maravillosas miniaturas de Meissonnier. Más allá sonríen las damas elegantes de Cabanel, y Laurens arranca un suspiro presentando juntamente, en su nobilísimo *Marceau*, la belleza, el heroísmo y la muerte. Sigo adelante y encuentro aquella maravillosa encorvadura de espinazos que ha hecho sonreír al mundo: *La Eminencia gris*, de Gerôme, y el formidable verdugo del pobre Henri Regnault,

cuadro espléndido y triste que sirve de losa á un sepulcro.

Por último, los gigantescos y trágicos lienzos de Benjamin Constant: *Respha* ahuyentando al buitre del patíbulo de los hijos de Saúl, y *Mahomet II*, que invade á Constantinopla entre las ruinas y la muerte, en la misma sala donde agoniza *El esclavo envenenado* de Sylvestre, á la vista de Nerón impasible, y el *David* de Ferrier levanta la cabeza monstruosa del gigante. En el fondo, alborota y ríe la *Gran bacanal* de Duval.

Se sale de allí fatigado y confuso, como de la representación de una tragedia de Shakespeare; se penetra en medio de los grandes cuadros históricos de Austria-Hungría, resplandecientes de armas, de oro y de seda, y de los retratos á lo Velázquez y á lo Van-Dyck, que dan á este sitio el aspecto solemne y magnífico de un palacio real. Al llegar aquí, quisiera besar en la frente á Munkácsy, que pintó aquella divina cabeza de *Milton*, y prorrumpir en un sonoro viva ante el enorme, espléndido y temerario lienzo de Makart, iluminado por el blanco rostro de *Carlos V*, en el que brilla un pensamiento tan vasto como su reino y una expresión inolvidable de gracia ju-

venil y majestad serena, que nos obliga á unir nuestro aplauso al clamor de su triunfo.

He aquí á *Don Quijote*, las *manolas*, los *majos*, los graciosos retratos de Madrazo y la *Lucrecia romana*, de Plasencia, en la que brilla un relámpago del atrevimiento de Goya. Pero hay aquí una pared ante la cual se oprime el corazón. ¡Pobre y querido Fortuny, hermosa flor de Sevilla, abierta al sol de Roma! Allí están sus obras maestras, ardientes, luminosas, llenas de alegría y de vida, devoradas por los ojos de una conmovida multitud, mientras él yace sepultado en la tierra. Tampoco puede el pobre Zamacois gozar con el triunfo de sus preciosas escenas de frailes y locos, así como en las salas austriacas no pudo presentarse Cermak para ver brillar y humedecerse millares de ojos delante de su glorioso *Montenegrino herido*. ¡Cuántos queridos y notables artistas faltan en la fiesta! Los ojos los buscan todavía entre la gente, mientras el pensamiento corre á lejanos cementerios y sus cuadros difunden la tristeza del último adiós.

De las salas sucesivas tan sólo conservo una reminiscencia vaga de mares tempes-

tuosos, de estepas iluminadas por la luna, de solemnes puestas de sol en inmensas soledades de nieve, y de tristes paisajes de Finlandia y de Ucrania, entre los que se me aparecen confusamente las amenazadoras figuras de Ivan el Terrible y Pedro el Grande, y los ensangrentados cadáveres de los mártires búlgaros.

Aquí parece que el arte toma algún descanso para reaparecer más vigoroso y atrevido, y así se realza en Bélgica, rico, inspirado, dotado de carácter propio y nutrido de profundos estudios y tradiciones gloriosas, A. Stevens y Villems, que exponen sus cuadros de costumbres, admirables por su gracia y colorido; I. Stevens sus perros inimitables; Wauters y Cluysenaar superan triunfalmente todas las grandes dificultades de la pintura de historia y las delicadas del retrato, y otros cien artistas luchan con una estupenda multitud de paisajes llenos de poesía, de marinas melancólicas, de cabezas adorables de niños, de caprichos sutiles y elegantes fantasías que elevan la mente y ensanchan el corazón.

Siguen Portugal y Grecia: grandes hombres, cosas pequeñas. Sin embargo, hay aquí cuadritos olvidados y despreciados,

que dejan en el ánimo una impresión indeleble, como *La madre Megarense*, de Rallis; aquella pobre mujer de un pescador, sentada en su pobre habitación, que tiene las manos cruzadas y los ojos fijos en una cuna vacía, hecha de cuatro toscas tablas, en actitud de decir: «¡Ya no está!» á la vez que los pañales denotan que hace poco que se lo han llevado, y sobre aquella desolación descendiendo por la ventana abierta el rayo alegre del alba, que lo despertaba todos los días; podrá faltar expresión, pero no un sentimiento sublime que produce en el pecho el temblor de un sollozo.

Después de la Grecia, viene la pintura fácil y fresca de la Suiza, de cien variados estilos, verdadera imagen de un país de cien trozos y de una familia de artistas que vagan en busca de un ideal, de una escuela, de un centro de sentimientos é ideas; que unen á su *patria de escarpadas laderas*, á las cascadas, á las gargantas, á los ventisqueros y á los huracanes de los Alpes, las rientes playas de Sorrento, la arquitectura arabesca del Cairo, los ardientes desiertos de la Siria, la desolada campiña de Roma, y todo género de recuerdos de su vida variada y aventurera, semejante á la

de sus abuelos, que vistieron el uniforme de todos los príncipes y vertieron su sangre por todas las banderas.

A continuación de Suiza sigue Dinamarca, que recuerda al mundo sus glorias guerreras con la batalla de Isted, de Sonne, y el combate naval de Lermern, de Masstrand. Pero es bello y conmovedor el ver pasar todos estos pueblos, cada uno de los cuales enseña con amor y orgullo sus soldados, sus reyes, sus mujeres hermosas, sus niños, sus catedrales y sus montañas. El impulso de simpatías que no se sentiría por cada uno de ellos visto separadamente, se experimenta por todos ellos juntos; y el corazón corresponde á todas estas manifestaciones del amor de la patria con una expansión de afecto que abraza todo el universo. Los demás cuadros daneses son paisajes que representan pálidos efectos de sol sobre campiñas nevadas, sobre parques, castillos feudales y grandes bosques, y escenas íntimas de costumbres ingenuamente sentidas y expresadas con escrupulosa fidelidad, que dejan en la memoria infinidad de imágenes de caras, de actitudes, de objetos y de escenas, como lo haría un mes de permanencia en Dinamarca.

Desde aquí llego, casi sin advertirlo, á las salas de Holanda, delante de una pintura que parece velada por las nieblas de las grandes llanuras anegadas, y veo vagamente delante de mí, como á través de un velo, los pobres y los enfermos de Israels, el pintor de la desventura; las hermosas marinas de Mesdag, los *polders* de Gabriel, los gatos de Enriqueta Ronner y otros cien cuadros grises, oscuros, húmedos y de mal humor, en los que busco inútilmente un rayo de la milagrosa luz de Rembrandt ó un reflejo de la risa irresistible de Steen.

La última es la anchurosa sala de Alemania, magnífica y triste, en la que advertís, apenas entráis, el enorme vacío dejado por Kaulbach. Sin embargo, es una pintura poderosa, rejuvenecida en todas las fuentes vivas, fortificada por largos estudios, variada, atrevida, varonil, llena de sentimiento, de intención y de finura, que despierta una admiración pensativa y conmueve las más recónditas fibras del corazón. En verdad, no olvidaré jamás ni las cabezas vivas que parece que están hablando, de Knaus, ni la ardiente fragua de Menzel, ni los soberbios cosacos de Brandt, ni la profunda tristeza del *Bautizo* de Hoff,

ni la cómica risa de los soldados y nodrizas de Werner, ni el padre y la madre admirables de Hildebrand, que interrogan el rostro abatido del niño enfermo, asustados por un presentimiento tremendo.

Y con aquella misma tristeza en el corazón, sali de la exposición de Bellas Artes.

*
*
*

Pero apenas me encontré fuera, me asaltó otro pensamiento. Representanse en mi espíritu los mil artistas cuyas obras he visto, los famosos y los desconocidos, los jóvenes que enviaron su primera inspiración y los viejos que nos dejaron la última; los ví esparcidos por todo el mundo, en sus estudios llenos de luz, con las ventanas que dan al solitario campo, á los jardines, al mar y á las rumorosas calles; y pensé en toda la vida que habian derramado, entre todos, en aquellas cien salas que yo había atravesado de corrido, qué porción de sus almas había en aquellos lienzos y en aquellos mármoles innumerables, cuántas inspiraciones de amantes y esposas, cuántas vigili-
as, cuántas meditaciones, cuántos pinceles rotos, cuánta sangre de corazones

desgarrados, cuántos recuerdos de aventuras y peregrinaciones lejanas, y qué vasta epopeya de amores, de dolores, de triunfos y de miserias representaban aquellas obras; pensé en los que yacían en el sepulcro, consumidos por la tremenda fiebre del arte, en cuántos habrían descendido á él aún jóvenes y llenos de esperanzas, y cuán inmenso tesoro de imágenes, de sentimientos y de ideas llevarían fuera de este sitio los millones de visitantes de toda la tierra; y pensando en todas estas cosas, con la cara vuelta hacia aquella inmensa fila de pabellones, me sentí dominado de repente por un sentimiento tan vivo de ternura y de gratitud, que si en aquel momento hubiera pasado algún pintor, fuera quien quisiera, le habría saltado al cuello, tan cierto como el sol nos alumbra.

*
*
*

La última sala de Bellas Artes desemboca en la galería del trabajo. Es imposible figurarse un cambio de escena más extraño.

Aquí todo es agitación y ruido. Se ven las pequeñas industrias en actividad. Hay un gran número de mostradores circulares

y cuadrados, que sirven á la vez de taller y de tienda, donde trabajan continuamente hombres, mujeres y muchachas, en medio de una multitud de curiosos que forman una cadena no interrumpida de anillos negros movibles, que se extienden de un extremo á otro de la inmensa sala.

Aquí se trabaja el oro, la concha, el marfil y el nácar; se fabrican objetos de filigrana, se hacen abanicos, cepillos, portamonedas y relojes. Hay, entre otros, un grupo de obreras que fabrican muñecas con una rapidez de prestidigitadoras, y otras que hacen flores de trapo, de esmalte, y de plumas de trópicos, con tal desenvoltura y garbo, que nos parece verlas brotar de entre sus dedos. En otro sitio se teje la seda, se pinta la porcelana, se trabaja en cobre, se hace guttapercha y se fabrican pipas de espuma. En un ángulo se ven las pacientes manecitas normandas que trabajan en blonda. En el centro de la sala se talla el diamante. Aquí llueven tarjetas, allí agujas, más allá botones; en un sitio se hacen trenzas y *chignons*, en otro canastillos y cajitas de paja.

Un grupo de indios, con enormes turbantes de varios colores, trabajan en cha-

les. Hay una larguísima fila de pequeños hornillos, de maquinillas vibrantes, de llamas de gas, de cabezas inclinadas, de manos en movimiento, de gente que interroga, y gente que contesta, un cuchicheo, un trabajo alegre y movimiento acelerado y sonoro, que da gana de ponerse á hacer cualquier cosa. La altísima bóveda repercute ruidosamente los silbidos agudos que parecen gritos de infantil alegría, el cadencioso golpear de cien martillos, el estridente sonido de las limas y de las sierras, mil retintines cristalinos y metálicos, y el sordo ruido de la multitud que pasa en procesiones, en turbas y en grupos, como ejército desbandado, para esparcirse en los jardines exteriores ó en las galerías de las máquinas.

*
* *

Aquí, el espectáculo es digno de una oda de Víctor Hugo. En el primer momento, parece que estamos debajo de uno de los inmensos abovedados techos de las estaciones de Londres. Son dos galerías tan largas como el Campo de Marte, bastante anchas para contener noventa hombres de frente y llenas de luz, en las que mil máquinas

enormes, un ejército de ciclopes de metal, amenazadores y espléndidos, alzan la cabeza, los brazos, los mazos y las planchas finas y bien ajustadas hasta las bóvedas altísimas, produciendo el fragor de una batalla.

En todas partes se verifica una inmensa transformación de las cosas. El papel se convierte en un sobre, el cordel en cuerdas, el bronce en medallas, el alambre de latón en alfileres, el hilo de lana en calceatas, el trozo de madera en parte de un mueble; la bordadora suiza borda con trescientas agujas, el papirógrafo inglés reproduce trescientos ejemplares de un manuscrito; la máquina de los jabones los corta en cubos, los envuelve y los pesa; la máquina de Marinoni imprime periódicos y los pliega; las gigantescas hiladoras de Mánchester y Birmingham trabajan al lado de las máquinas mineras; la gran máquina de hielo lanza su furioso soplo helado en medio de las exhalaciones de fuego de las máquinas de gas; otras trabajan el diamante, otras rompen y retuercen el metal como una pasta; otras lavan, refinan, trasvasan, dibujan, pintan ó escriben; en todas partes vibra una vida maravillosa y horrible de

monstruos de cien bocas y cien manos, que irrita los nervios, atruena los oídos y confunde la imaginación.

Aquí y allá se ve desaparecer la materia informe en el tenebroso vientre de aquellos colosos, reaparecer arriba pasados algunos instantes, ya medio elaborada, como en triunfo, y ocultarse después rechazada desdeñosamente para sufrir las últimas transformaciones... Aquí trabajan los brazos de gigantes, allá manos de hadas. En un sitio se presenta el trabajo bajo el aspecto de una furiosa destrucción, entre dientes enormes de garfios de acero que triturán y desgarran todo con infernal ruido, entre el que se oye un sonido confuso de lamentos humanos, en medio de un intrincado movimiento de ruedas vertiginoso y feroz que destrozaria á un titán como un manojito de paja. En otro sitio, el monstruo domesticado acaricia la materia prisionera, la pule, la limpia, la alisa con delicadeza, lentamente y en silencio, como si lo hiciese por diversión. Otras máquinas colosales hacen movimientos extraños y misteriosos, que casi parecen humanos, con cierta lánguida gracia de las ondulaciones femeninas; éstas inspiran un inexplicable

sentimiento de repugnancia, como si fuesen seres vivos cuya forma no puede determinarse. Dentro de los grandes miembros de todos estos trabajadores desmesurados, se agita, como una vida secreta, un indescribible caos de ruedecillas que parecen inmóviles, de sierras como hebras de hilo, de ingenios delicadísimos y casi invisibles, que vibran, tiemblan, trepidan y hacen parecer aún más gigantescas, por el contraste que forman con su humilde pequeñez, las enormes ruedas, las charnelas colosales, las calderas titánicas, las correas desproporcionadas, las grúas, los pistones y los tubos monstruosos, que se lanzan á lo alto como columnas monumentales y se suceden en una hilera sin fin, ofreciendo el aspecto de una extravagante y deforme ciudad de metal, en la que se bate, entre las cadenas, una legión de condenados ó de locos.

Pero también trabaja el hombre; un gran número de mujeres cosen á máquina; alrededor de las grandes máquinas vigilan los operarios; los maquinistas y artifices de todos los países, vestidos con descuido, observan, notan y se ocultan completamente entre los pistones y las ruedas, con peligro de su existencia; entre ellos se ven algunos

rostros enjutos y pálidos, pero llenos de vida, en los que relampaguea una voluntad de hierro y una ambición implacable. ¡Quién sabe! Hoy son obreros oscuros, acaso mañana sean gloriosos inventores.

Toda la enorme galería está llena de la inmensa agitación del trabajo. Al pronto, toda aquella actividad fatiga y entristece; pero poco á poco, acostumbrándose el oído y fijando el pensamiento, entre aquel pavoroso fragor de silbidos, golpes, rechina- mientos, gemidos y aullidos, se escucha la voz profunda de las multitudes, los gritos que excitan á la lucha y el *hurra* formidable de la victoria humana.

El hombre que al entrar se encontraba aturdido, recobra la conciencia de sí mismo y contempla aquella inmensa fuerza suscitada y disciplinada por su pensamiento con un suspiro de orgullo en el que todo su sér se eleva y fortifica. Y aquel inmenso arsenal de armas pacíficas, las banderas tan grandes como velas de navío, que penden de las bóvedas, movidas por el aire conmovido por las innumerables ruedas; aquellos monumentos salvajes de cuerdas y redes, las pirámides de piochas que sirvieron para roturar la tierra del nuevo hemisferio; los

trofeos de instrumentos que han de servir para la pesca de los grandes cetáceos de los mares polares; los troncos gigantes de las selvas vírgenes, las colosales armaduras de los buzos, las torres de mercancías, los faros giratorios entre nubes de humo, los chorros de agua y las lluvias de vapor de las máquinas, este majestuoso y terrible espectáculo, saludado por las detonaciones de las máquinas de gas, por el sonido de las bocinas y por las solemnes notas de lejanos órganos que llevan á aquel infierno la poesía de la esperanza y la oración, se apodera poco á poco de vosotros, hace vibrar todas las facultades del espíritu, enciende en vuestro corazón la fiebre del combate y os hace salir de allí con la mente llena de audaces designios y gloriosas resoluciones.

*
*
*

De la galería de las máquinas francesas se pasa á un largo pasillo todo adornado de rosas, y de allí...

Pero no hay ningún lector razonable que exija de mí la descripción de los anejos al palacio del Campo de Marte, que consti-

tuyen por sí solos una segunda Exposición universal. Hay dos millas de jardines, pabellones y casas rústicas donde vuelve á empezar la serie de museos y fábricas, y hay donde pasearse un mes. Aquí están solamente los «especialistas». La mayor parte de la concurrencia va allí tan sólo para refrescar la cabeza al aire libre. Es cosa que merece meditarse lo que costó la construcción de esta gran ciudad efímera y lo que cuesta aún todos los días el hacerla vivir: es una cosa que, en verdad, asusta.

Hay que considerar primero el gran trabajo de la nivelación, en el que se han removido y transportado quinientos mil metros cúbicos de tierra; figuráos la enorme zanja que serpentea debajo del palacio del Campo de Marte, y distribuye en diez y seis grandes corrientes el aire condensado por los ventiladores; abarcad con el pensamiento la poderosa acción de los grandes «generadores» que surten de vapor á las máquinas motrices que transmiten la vida á todas las de la Exposición; el continuo movimiento de las formidables bombas aspirantes que absorben torrentes del Sena y los distribuyen por un laberinto de canales y de receptáculos subterráneos á los con-

ductos del Campo de Marte, á los estanques, á las fuentes, á los *aquariums*, á los ascensores de las torres y á la cascada del Trocadero...

Es preciso figurarse la infinita red de vías que cubrían este espacio durante los trabajos de la construcción y las innumerables máquinas que ayudaron á los brazos del hombre á colocar estas enormes masas; traer á la memoria el trabajo, el inmenso trabajo febril del último mes, un ejército de obreros de todos los países hormigueando en los bordes de los techos, en la cúspide de las cúpulas, en las profundidades de la tierra, suspendidos por cuerdas, de pie sobre andamios vertiginosos, formando grupos, cadenas y enjambres, de día, de noche, á la luz de las antorchas, á la deslumbradora claridad de la luz eléctrica, en medio de nubes de polvo y de vapores, llamados por mil voces en cien lenguas, entre el ruido de un mar tempestuoso y el estremecimiento de impaciencia del mundo; y recordar, por último, que salió de allí aquella maravillosa caravana de cien pueblos, llena de tesoros, de vegetación y de vida, donde veinticuatro meses antes no había más que un desierto... y entonces ya no es posible

contener la admiración que al entrar había sido turbada por un efecto de apariencias desagradable.

*
* *

Es necesario ver este gran espectáculo por la tarde desde las altas galerías del Trocadero.

Desde allí, abarcando de una sola ojeada, como desde la cima de un monte, aquella vastísima explanada llena de recuerdos que vió las fiestas simbólicas de la Revolución y oyó los vivas formidables de los ejércitos de Marengo y Waterlloo, aquel palacio enorme y magnífico sobre el cual ondean todas las banderas de la tierra, el gran río, los anchurosos parques, los mil techos y los cien torrentes humanos que serpean en el inmenso recinto, inundado por la dorada luz del sol poniente, el pensamiento se entrega á mil diversas meditaciones.

Se piensa en los millones de seres humanos que trabajaron para llenar aquel inmenso museo, desde los artistas más célebres hasta los solitarios y desconocidos obreros de los tugurios; en las mil cosas allí reunidas, sobre las que cayeron las lá-

grimas de la obrera y el sudor del presidiario; en los tesoros conquistados al precio de innumerables vidas; en las victorias conseguidas por el trabajo acumulado de diez generaciones; en las riquezas de los reyes; en los cuadernos de los niños y en las informes esculturas de los esclavos, todo confundido bajo aquellas bóvedas en una especie de santa igualdad ante el mundo; en los viajes fabulosos que hicieron aquellos trabajos y aquellos productos traídos de las montañas, llevados por las caravanas á través de los bosques y de los desiertos, extraídos del fondo de los mares y de las entrañas de la tierra, transportados por inmensos ríos y entre las tempestades del Océano como en sagrada peregrinación; en las mil esperanzas que los acompañaron; en las mil ambiciones fundadas sobre ellos; en las mil ideas que brotarán de las comparaciones; en los nuevos atrevimientos que nacerán de los triunfos; en las narraciones fabulosas que se repetirán hasta en las cabañas de las más apartadas colonias; y por último, que, gracias á esto, se estrecharon manos que jamás se habían encontrado, que por algún tiempo muchos odios se aplacaron como por virtud

de una tregua de Dios; que los millones de hombres aquí congregados se esparcirán por toda la tierra llevando un tesoro de nombres queridos antes ignorados, nuevas admiraciones, nuevas simpatías, nuevas esperanzas y un sentimiento más grande y más poderoso que el amor de la patria.

Se piensa en todas estas cosas, y se aplaude con mayor entusiasmo la Exposición; pero más que á la Exposición, se bendice á esta augusta ley, á este santo é inmortal afán: ¡el trabajo!

Quisiéramos verlo, como un dios, simbolizado en una grande y riquísima estatua, con los pies en las entrañas del globo y la cabeza sobre la cúspide de las montañas, y decirle: «¡Gloria á ti, segundo creador de la tierra, señor formidable y dulce! Nosotros te consagramos el vigor de la juventud, la tenacidad de la edad viril, la sabiduría de la vejez, nuestro entusiasmo, nuestras esperanzas y nuestra sangre. ¡Tú calmas los dolores, fortificas los afectos, serenas los ánimos, prodigas las santas arrogancias, dispensas el fecundo reposo, hermanas los hombres y pacificas el mundo: sublime amigo y divino consolador!»